

Precio de suscripción

→←

En Lorca, mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera . . . 0,50

# EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

→←

No se devuelven los originales

## ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

### UNO PARA TODOS

### SE PUBLICA LOS JUEVES

### TODOS PARA UNO

### LAS MANIOBRAS

«Ayer tarde dieron comienzo las maniobras militares. Las tropas en número de más de dos mil hombres, pasaron revista, quedando complacido el gobernador militar general X..., de la marcialidad y *donaire* de los soldados...»

(De un periódico).

\*\*

Parece día de fiesta y alegría. El sol, en la mitad de su carrera, brilla refulgente y esplendoroso en el zénit, dando calor y vida a la humanidad. Una animación desusada adviértese en la muchedumbre, que disputa afanosa por palmas el terreno que a su curiosidad dejan libre en las calles por donde ha de tener lugar el desfile. Puéblanse los aires de gritos y murmullos, de carcajadas y apóstrofes. Ventanas y balcones, aprisionan entre sus huecos esbeltos talles y talles deformados. La multitud se apresta a distraer el espíritu unas cuantas horas. Todo es alegría y bullicio. Barahunda ensordecedora y riente.

A lo lejos, la agitación anuncia que la *fiesta* ha comenzado. Leve rumor de tambores y cornetas denuncian la aproximación del desfile, que cada momento va siendo más perceptible y distinto. Alzanse afanosas las cabezas para admirar el mayor tiempo posible el espectáculo. Una avalancha de *golfos*, granujillas y rapaces, haciendo piruetas y cabriolas sirven de vanguardia a las tropas, que aparecen marciales y airoas en el comienzo de la calle, ancha y espaciosa, larga y derecha, como construida de encargo para el objeto. Los primeros *bélicos* acordes de la banda de cornetas entusiasman a la multitud. Ondea a la vista de los espectadores la primera bandera, y una estruendosa unánime y frenética salva de aplausos, coreada por enérgicos y entusiastas ¡Vivas al Ejército, y al soldado español! atruenan el espacio.

La fiesta ha dado comienzo.

\*\*

¿Véis esa joven triste y llorosa, pintados en su agraciado semblante la angustia y el dolor, la miseria y el hambre? ¿Véis asimismo

esos dos arrapiezos, que entre gí-moteos y suspiros la siguen a duras penas? Es la esposa de un soldado, de un reservista, de uno de esos soldados que gallardo y apuesto entretuvo en el desfile a la multitud, y son los arrapiezos dos pedazos de su alma, dos inocentes criaturas que comienzan a sufrir, ¡bien pronto por cierto! la desdichada suerte a que vinieron condenados.

¿Véis aquel decrepito anciano, que trabajosamente arrastra los pies, y como humillado marcha con el cuerpo inclinado? ¿Véis así mismo, como entra en todos los zagüanes, y en todos ellos está, poco más ó menos el mismo tiempo? Es el padre de otro de esos soldados, de otro de esos reservistas, su único sostén, el báculo de su ancianidad, el pan que le alimentaba, y hoy que no lo tiene a su lado, sólo y sin amparo, la mendicidad, la pública caridad, es su recurso.

¿Véis aquel insulso gomoso, embutido en riquísimo terno, sosteniendo a duras penas en sus manos el peso de valiosas sortijas y caballero a todas luces?

¿Véis asimismo, aquel respetable señor, todo seriedad y énfasis, que pasea acompasado é indiferente, con la satisfacción y la tranquilidad por compañeros? Es un reservista, también, debiera ser uno de esos soldados que distrajera a la multitud; y que no lo es, porque los pelucones ó los *Goya* de su señor padre, el respetable señor todo seriedad y énfasis, le libraron del honor de ser útil a su patria, de correr la misma suerte que el labriego inculto, el obrero sin padrinos, el artista sin dinero.

Y mientras la multitud, bulliciosa y regocijada, admiraba el desfile de las tropas, la esposa abandonada de R. O. y el padre mendigo por la genialidad de un ministro, imploran la pública caridad, del insulso gomoso y su respetable señor padre, éstos, ¡miserables! se apartan cuidadosos y ligeros, so pretexto de no ensuciarse la ropa, pero negando de paso el óbolo que atenuara un tanto la miseria de los desgraciados.

¡Oh, infamias de la sociedad... y qué duro castigo debierais sufrir!

\*\*

El servicio militar, mientras desdichadamente exista, honra al ciudadano, ennoblece al individuo, sí, es verdad, pero ante la desigualdad conque se paga hoy el tributo de la sangre; ante las miserias que entre Juan Pueblo siembra, único, salvo escasas honrosas excepciones, que desde há mucho tiempo es el que viene a él contribuyendo; ante las grandes injusticias que se denuncian, todos lo rehuyen, todos quisieran de él librarse, y maldicen de él y de él se guardan como de infeccioso contagio.

¿Cuándo habrá un hombre de tan valiente corazón que lo haga obligatorio? ¿Cuándo llegará el día en que pobres y ricos, ignorantes é ilustrados; se confundan en honrosa compañía, por las cuadras y patios de los cuarteles?

Porque es muy triste, es muy desconsolador que sea sólo el pueblo, quien en justicia sea considerado, pero no tratado con ella.

¿A qué se dá licencia para casarse a los hombres, si están sujetos al rigorismo militar; a qué se les consiente crear hogar y familia, para que por un capricho cualquiera, por una venal satisfacción, obligarle a abandonar esposa é hijos? No piensan, sin duda, en su ceguera de mando, que los que abandonan su hogar, con su jornal alimentan a sus pequeñuelos, y que al faltarles éste, la miseria es su sino. No preveen que eso es abrir las puertas del vicio a la madre desolada que no tiene pan que dar a sus hijos.

Eso es manifiestamente anti-humano, eso es un desafío al pueblo, y el pueblo vá cansándose ya de tanta paciencia y mansedumbre.

Pero si al menos fuesen todos lo mismo, si todos igualmente viesan ir al hijo y al esposo, si el servicio militar fuese obligatorio, no sería tan grande y cruel el insulto.

Insulto, que sumado a los innumerables que ya se le han arrojado al rostro, está haciendo que empiece a desbordarse el torrente, que ha de arrastrar y derrumbar con estré-

pito, el edificio de la actual sociedad, de eterna recordación para las futuras generaciones, por la desigualdad de practicar sus leyes y por la injusticia con que trata a los honrados y sufridos hijos del trabajo.

R. SALINAS.

### Rematadamente sordos

De nada ha servido por lo visto nuestro artículo editorial del pasado jueves «Lo que hacían los guardias»

Dos días después, a las once de la mañana, una desventurada anciana que apenas si podía arrastrar los años que sobre ella pesaban, comenzó a ser insultada y apedreada en la Puerta de Granada, en San José, por una turba de mal educados y granujas, niños todos, siguiendo entusiasmados en su *faena* durante dos horas, hasta la llegada de unos compasivos vecinos, que (además de los testigos, todos respetables), están dispuestos a justificarlo, puso término a tan *inocente* diversión frente al parador del exconvento del Carmen en el Carril de Gracia.

No hubo, en dos horas, en una calle tan concurrida, a una hora tan apropiado para que pueda ser notada su falta, ni un solo municipal que pudiera evitar tan repugnante espectáculo, salvajada tan enorme, ya que por carencia de escuelas, andan los niños en Lorca, como perros vagabundos.

¡Vergüenza (pero qué vergüenza) baldón de ignominia, estigma denigrante debe pesar sobre Lorca y sus vecinos.

¡Nadie, absolutamente nadie, de los llamados a hacerlo se atreve a exigir cuentas sin duda por complicidad a estos gobernantes de su fatal y maldecida gestión?

¿Qué intangibilidad es esa tan invencible, que ni aún los ediles de oposición se atreven a protestar de la anarquía bochornosa y denigrante que padecemos?

Pues bien, si nadie se atreve con ellos, nosotros, aún a trueque de pechar y sufrir, lo que bien se nos